

# Libro 2 Capítulo 11: Sacúdelo—Druida del Centro (Libro 1 Esbozado)

- Libro 2 Capítulo 11: Sacúdelo—Druida del Centro (Libro 1 Esbozado)

# Libro 2 Capítulo 11:

## Sacúdelo—Druida del Centro (Libro 1 Esbozado)

La Esposa Amarga no era la mejor institución en Rendhold, ni mucho menos, pero sin duda hacía todo lo posible por justificar su nombre. Juego, prostitución, alcohol, incluso peleas si esa era tu pasión, todo ello estaba a disposición de los clientes de La Esposa Amarga. Se encontraba al sureste de las torres de la Academia, en uno de los pocos ‘barrios peligrosos’ que podías alcanzar cerca del Centro. Dantes no conocía esta en particular guarida de pecado cuando fue arrojado a la Mucky Pit, pero se había tomado un tiempo el día anterior para explorarla con sus aliados de cuatro y seis patas.

Llevaba un abrigo gris oscuro que había robado, un sombrero negro, anillos en cada uno de sus dedos, y un collar de oro en el cuello. El portero ni siquiera le dirigió una mirada al entrar. Claramente, tenía dinero para gastar y su apariencia era lo bastante pulcra para que ninguna de las chicas se quejara.

Se dirigió primero a la barra, donde una mujer enana servía cerveza en jarras, entregándolas rápidamente a un grupo de diez clientes que parecían haberse adelantado. Se acercó a un taburete, revisando mentalmente cada mesa de juego hasta encontrar su objetivo.

El hombre era largo y delgado, con cabello castaño con reflejos grises y ojos violetas. Su rostro estaba delgado, como si constantemente olvidara comer, pero se percibía claramente su vitalidad. Vestía ropa casual, pero el aroma de la Academia lo impregnaba por completo. Dantes había sabido de él por Dario, cuando buscaba magos menos escrupulosos. Felix era un blanco ideal por varias razones. Era profesor titular, tenía poca o ninguna habilidad en magia de combate, y sobresalía en encantamientos, vinculaciones y rupturas. Lo más importante, amaba apostar, lo cual siempre resultaba un espectáculo fascinante para quien buscaba tener control sobre Él.

Felix estaba en una mesa con fichas de un Dragón Blanco, sosteniendo sus cinco cartas y sonriendo. Nadie más en la mesa compartía su expresión. Puso sus cartas con resignación, ante los gruñidos del resto. Sacó el pequeño pilón de monedas y un anillo de plata frente a él, comenzando a organizar con cuidado sus ganancias mientras otro jugador barajaba de nuevo el mazo, preparándose para repartir otra mano. La mesa estaba llena, pero por los montones frente a cada uno, pronto se abriría un lugar.

—¿Qué deseas tomar? —preguntó la bartender enana, algo ahogada por la respiración, pero con una paciencia notable en su voz. Era una mujer robusta, con mandíbula cuadrada, pero con unos

ojos de un bonito tono marrón.

—Algo fuerte y de color marrón, preferiblemente el mismo tono que tus ojos.

Ella parpadeó varias veces. —No tenemos nada exactamente de ese tono.

—Eso no me sorprende. Muy singular. Entonces, deme lo que más se asemeje.

Ella se sonrojó ligeramente y tomó una botella, sirviéndole un vaso con destreza.

Él le entregó una moneda de plata y bebió el contenido de un trago, disfrutando del ardor al descender. La Vixen había sido buena, pero su enfoque en el vino dejaba mucho que desear. Él había estado bebiendo licor del presidio durante años y prefería algo más fuerte.

—Gracias.

Ella asintió y se dirigió a atender a otro cliente, antes de rellenar su vaso.

Él lo bebió con calma, manteniendo vigilada la mesa. La Esposa Amarga estaba en buena forma, pero aún había roedores aquí y allá. Moviéndose a la esquina en la pared tras Felix e hizo que tomara un clavo flojo, empezando a empujarlo en silencio a través de la pared, luego lo retiró para mirar a través de él. Con los ojos del roedor, pudo ver la mano de Felix, aunque solo a duras penas, ya que la vista de un roedor no es tan aguda como la suya. Felix tenía una carta menos para completar su mano, mostrando un Minotauro en vez de un Dragón Azul. El ratón parpadeó, y de repente, la mano de Felix se convirtió en la de un Dragón Azul.

Dantes sonrió para sí mientras tomaba otro sorbo de su bebida. Un compañero degenerado.

Miró al cantinero.

¿Otra copa?

Asintió, y ella sirvió de nuevo.

Las mesas. ¿Tienen algún tipo de hechizo para evitar que los magos hagan trampas? Sé que la academia no está lejos.

Ella asintió. “Sí, señor, no pueden impedir ningún tipo de magia, pero hay algún tipo de encantamiento que hace más evidente cuando alguien usa magia. Fuera del bar, cuando alguien emplea magia, escucho un tono suave si hay magia en el ambiente, pero aquí dentro, cuando un estudiante arrogante intenta algo, es como si un águila gritara en mi oído.”

Él asintió. No había sentido ningún hormigueo en las puntas de sus dedos, así que eso significaba que, aunque Felix estaba haciendo trampa, lograba sortear la detección. En Midtown, un mago probablemente podría hacer trampa con impunidad, pero no demasiados estudiantes se atreven a recorrer esas calles con tanta audacia. Incluso ganar demasiado de manera honesta puede costarte la vida en Midtown.

Le deslizó otra moneda de plata. “Gracias.”

Ella observó la plata. “Señor, aún no termina de beber la primera.”

“Eso es para que sigan sirviéndome cuando vaya a esa mesa,” señaló hacia la mesa donde Felix se encontraba, rodeado por un hombre que temblaba con lágrimas en los ojos mientras Felix y otro hombre dividían un montón en el centro de la mesa.

Ella asintió en silencio.

Le deslizó una tercera moneda de plata. “Y esto solo es una propina.” Se levantó y se dirigió hacia la mesa, pasando junto al hombre llorando mientras se acercaba a la puerta. Sonrió a los hombres y mujeres allí reunidos y gesticuló hacia el asiento vacío.

Parece que tienes una vacante. ¿Te importa si me uno?

La mesa lo evaluó, observando sus anillos, el collar de oro y el fino abrigo.

Diría que eres bienvenido,” dijo una mujer de complexión robusta a su derecha. “Mientras no llores cuando pierdas. No soporto ver a un hombre llorar.”

Dantes se sentó. “Oh, lloro cuando pierdo. Pero creo que eso no será un problema.”

La mujer rió, y algunos otros en la mesa también soltaron su carcajada.

Felix levantó el mazo de cartas y lo deslizó hacia él sobre la mesa. “El nuevo comienza repartiendo la primera ronda.”

Dantes sonrió y tomó el mazo. Pasó el pulgar por el borde, escuchando el sonido de las cartas al golpearse, luego las barajó, las mezcló, volvió a cortar, las fusionó y las reordenó en una pila perfectamente organizada, para luego repartir cinco cartas a cada uno. Ya hacía tiempo que no jugaba a las cartas. Los dados eran mucho más sencillos en el Pit. Podías fabricarlos tú mismo, eran más difíciles de romper y más fáciles de robar. Sin embargo, mientras repartía las cartas con destreza, asegurándose de que, con solo un vistazo rápido, tuviera una mano decente, aunque no perfecta, no había perdido su habilidad.

Tras terminar, levantó sus cartas. Tenía una escalera de tres dragones, una buena mano inicial, aunque vulnerable. Observó a los demás recoger las suyas, prestando especial atención a la mano de Felix a través del agujero en la pared. Éste tenía un par apareado y un trío de cambios de color, que superaba a la de Dantes.

Dantes añadió dos monedas de plata, discretamente alcanzando una bebida de la cantinera y agradeciéndola. Los otros jugadores igualaron, apostaron y continuaron. Él mantuvo su mano, sonriendo, mientras todos los demás cambiaban una o dos cartas. Dantes subió una plata y la mujer robusta agregó otra. Los otros dos en la mesa se retiraron, y todos revelaron sus cartas, con Felix tomando el bote.

— ¿Vienen las lágrimas? —preguntó la mujer de bulto pesado.

Dantes le sonrió y le guiñó un ojo. — No he perdido hasta quedarme sin dinero.

El resto del juego fue una constante ida y vuelta, y no solo entre Félix y Dantes. Dantes mantenía sus ganancias mínimas y sus pérdidas evidentes, pero nunca demasiado abajo. Gracias a su capacidad de ver las cartas de todos y a sus delicados dedos, tenía muchas ventajas. Prestaba especial atención a la mano de Félix, por supuesto. Félix, como Dantes, no engañaba en cada ronda. Guardaba las buenas o decentes, y solo intercambiaba una carta a la vez. Y eran las cartas las que intercambiaba. No fabricaba duplicados, lo cual sería más fácil de detectar. Además, parecía no poder ver las cartas de los demás, solo las que estaban en el mazo. Eso significaba que, a medida que el mazo se acercaba al final, tenía menos opciones. Eso le daba una ventaja a Dantes.

Lentamente, pero sin descanso, todos en la mesa fueron vencidos, excepto Dantes y Félix, aunque la mujer de aspecto robusto permaneció para ver su duelo y repartir. Dantes ganó con una Escalera de Full, luego Félix tuvo la siguiente mano con un Ascenso del Dragón Blanco. Finalmente, estaban cerca del final del mazo. Dantes había dejado de medir sus ganancias y ahora tenía una pila cinco veces mayor que la de Félix, pero este seguía apostando más. Sudaba, claramente preguntándose cómo demonios Dantes podía vencerlo, pero no encontró consuelo en los que aún estaban en la mesa.

Dantes miró más allá de su mano hacia la pila escasa que tenía Félix delante.

— Parece que estamos llegando al final, ¿no? Quizá sería mejor que tomaras lo que te queda y te retirarás. Empiezo a sentirme algo culpable.

Félix frunció el ceño. — No. Es hora de que gane una. Tenía un Ala de Dragón, una mano casi imbatible a menos que alguien tuviera en su mano el Dragón Blanco. El mazo casi estaba lleno y el dragón seguía en él, así que la probabilidad de que su oponente lo sacara era muy baja.

— Te hago una propuesta... — Dantes extendió su copa para que la camarera la llenara otra vez, y, con su deliciosa embriaguez, le guiñó un ojo al agradecerle. — ¿Qué te parece si te doy la oportunidad de recuperarlo, y además todo lo que tengo?

Félix entrecerró los ojos con desconfianza. No sentía magia alguna en el hombre, y había estado observándolo cuidadosamente en busca de señales de engaño. A estas alturas, con Britt repartiendo, debería ser casi imposible que estuviera haciendo trampa. Tragó saliva.

— Aceptaré la mitad ahora, y veremos si subimos a tu mitad después del descarte y la compra.

Britt soltó una risa burlona. — Cobarde.

Dantes levantó las manos. — Trato hecho, y si perdiste, iremos directos al taumaturgo de fey más cercano para gestionar un préstamo.

Asintió, y ambos eligieron sus descartes. Félix eliminó una carta y tomó otra que no le hacía ni bien ni mal.

Dantes descartó dos y sonrió al mirar su mano.

Félix le devolvió la sonrisa. Podía sentir que el Dragón Blanco seguía en el mazo. La mejor mano que su oponente podía tener era un Vuelo Negro, una mano buena, y confiada, pero susceptible de ser vencida por la suya.

— Entonces, ¿aceptas los términos completos ahora? —preguntó Dantes.

Félix asintió. — Sí.

— Basta de modestia, damas —dijo Britt—. ¡Sacúdelas!

Félix mostró su mano, provocando que Britt abriera los ojos de par en par.

Dantes soltó un silbido enérgico y agitó la cabeza con una expresión severa. “Vaya, una mano casi imposible de derrotar.” Colocó sus cartas una a una sobre la mesa, revelando la mano que Felix ya esperaba; luego vaciló ante la última carta y sonrió. “A menos que, tenga esta, por supuesto.” Colocó la carta del Dragón Blanco.

Los ojos de Felix se abultaron en sus órbitas y volvió a mirar el mazo. “¿Eso es posible? ¡El Dragón Blanco aún está en el mazo!”

Dantes levantó una ceja. “¿Y cómo sabrías eso?” Tenía razón, por supuesto. Dantes había comprado un mazo idéntico al que estaban usando y escondido varias cartas en su ropa. No había usado ninguna desde que conocía el método de Felix, pero para asegurarse el triunfo, tenía sentido poner todo en la mesa.

“Sí, Felix,” dijo Britt inclinándose hacia adelante. “¿Cómo sabrías eso?”

Felix los observó a ambos. “Yo... supongo que no.”

Dantes sonrió. “Eso es bueno. No me hubiera gustado tener que hablar con la dirección sobre ti.” Deslizó el equivalente a doble lo que Britt había perdido hacia ella. “Gracias por repartir y ayudar a mantener las cosas justas. Estoy seguro de que no mencionarás el lapsus de lengua de nuestros amigos.”

Ella sonrió y asintió. “Encantada de ayudar.” Guardó el dinero en su bolsillo y se dirigió al bar.

Dantes miró a Felix. “Eres un jugador bastante hábil, pero el juego ha terminado. Es hora de hablar de pago.”

Él palideció. “Yo... no tengo suficiente para pagarte de inmediato. Incluso con un préstamo, tomaría mucho tiempo...”

“Escucha, pareces una buena persona. Te voy a decir una cosa. No voy a hacer que te preocupes por el dinero. De hecho, ni siquiera lo necesito. Solo puedes deberme unos favores.” Dantes hizo bailar una moneda de oro entre sus dedos. “Eres un mago, ¿verdad?”

Felix asintió.

“Quisiera poder romper un encantamiento a voluntad.”

Felix negó con la cabeza. “La academia podría—”

Dantes levantó una mano. “No uno importante. Tengo un amigo que maneja una panadería. El problema es que acaba de abrir un nuevo establecimiento en la calle, y venden más barato que él. Pienso hacer que unos tipos arrojen ratas allí para asustar a los clientes.”

“¿El encantamiento contra plagas?”

“Sí, ese mismo. No necesito que quites un encantamiento que proteja a un noble de envenenarse, o a una prostituta de quedar embarazada. Solo quiero ayudar a un amigo. Tú hazme algo que pueda romperlo, algo pequeño y fácil de llevar, y no te preocupara más pagarme. ¿No suena tan mal? Seguramente, la Academia ni siquiera sería tan severa contigo si te atraparan.”

Felix reflexionó. No era tan terrible como esperaba. Además, tardaría años en pagar lo que debía, dependiendo del interés que ese matón le hiciera aceptar.

“Puedo hacer eso.”

Dantes le regaló una sonrisa falsa y cálida. “¡Perfecto! ¿Qué tal si te invito a una copa? ¿O a una prostituta? Pareces estar sin fondos.”